



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Leopoldo Alás «Clarín». Caricatura de SANCHA



Dios, equitativo y justo
cuando creó el Universo,
cuidóse poco del físico

de los hombres de talento.
Señores, así se explica
por qué *Clarín* es tan feo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Tolón!, por Vital Aza.—El burro, por Miguel Casañ.—Rebañaduras, por J. López Silva.—Origen de las «morcillas», por Alberto Casañal.—La turbia del Lozoya, por Juan Pérez Zúñiga.—Una «poesía» de Guerra y un «descabello» de Grilo, por Felipe Pérez y González.—La mujer del día, por José de Siles.—Palique, por Clarín.—Canción, por Ramón Asensio Más.—El álbum de *Guerrita*, por Luis Gabaldón.—Chismes y Cuentos.—Correspondencia particular.—Aviso.—Anuncios.

GRABADOS: Leopoldo Alas (*Clarín*), caricatura de Sancha.—Opiniones por *Filippo*.—Saludos, por Cilla.—¡Aprovechando!, por Navarrete.—Cabeceras artísticas, por el mismo.



De Todo un Poco

«La lata transvaalense».

Así llaman á los telegramas relativos á la guerra del Transvaal los infelices lectores de los grandes periódicos.

Desde mucho antes de sonar los primeros tiros, ya estábamos de boers, ingleses, oran-gistas y basutos hasta la punta de los pelos.

—Muchacha, ¿han echado el periódico?

—Sí, señor.

—Pues acércame ese cáliz.

Y lo primero que se echa á la cara el suscriptor paciente, es la serie de epígrafes: *Ingleses y boers, Lo del Transvaal, La batalla de Glencoe, Noticias de Elandslaagte, Kimberley, Mafeking, Ladysmith, Dundee, Vryheid* y otra porción de h h y k k y dobles v v v v; con todo lo cual el lector se hace un lío y no acierta á saber dónde están los boers, ni qué hacen los ingleses, ni quiénes han triunfado en las batallas, ni dónde tiene la mano derecha.

Sería necesario tener á la vista el mapa y pasarse las horas muertas manejando el compás y aún así resultaría completamente infructuosa la tarea, porque á lo mejor nos dicen que el coronel Powel está en Mafeking preparando sus tropas y mudándose los calzoncillos, y á los cinco minutos aparece en Moddersbridge, acampado con los suyos y distrayendo sus ocios con el acordeón.

Hoy nos comunican que los boers han detenido un tren blindado; mañana que no era tren sino una carreta, en la que viajaban dos *ladys* con un sacerdote anglicano y tres bueyes.

En fin, el lector se vuelve loco con todas estas cosas y este es el día en que aún no sabemos con seguridad dónde han sonado los tiros ni si ha muerto algún inglés, cosa esta última que nos tiene con muchísimo cuidado.

Porque nosotros ¡ay! adoramos á los ingleses.

Ya antes de haber comenzado la guerra, fuimos víctimas los lectores de la información lato subafricana.

En todos los periódicos había noticias copiosas del Transvaal y del Estado libre de Orange, y el nombre de Krüger lo hemos visto repetido unas 200.000 veces en todos los tipos de letra.

«Krüger, el presidente del Transvaal—decían los periódicos—es hombre de costumbres patriarcales; severo y al propio tiempo dulce, si bien algo bruto, perdonándonos su ausencia.

»Por las mañanas se lava los pies con una esponja y luego se sienta en el portal, á recibir visitas y á descifrar charadas.

»Fuma en pipa, despacha los asuntos oficiales y toma café, bien con leche ó bien solo, según esté la mañana. Algunas veces moja pan en el café, pero no es lo general.

»Su esposa, la presidenta, que tiene un aspecto poco aristocrático y que más bien que *jefta* de una nación parece una patrona de las baratas, es mujer de costumbres apacibles y se distingue por la perfección con que repasa la ropa de la lavandera.

»Ayuda á su esposo en la importante misión de gobernar al país y hace un arroz con bacalao que es una delicia.

»Tal es el matrimonio Krüger y ahora añadiremos que ha tenido veinticuatro hijos, de los cuales, diecinueve están casados, tres están para casarse y los otros dos se quedarán solteros probablemente.»

¿Y del Español, qué?

Pues del Español no se ha vuelto á decir nada y es muy posible que mientras se incauta de él el municipio, regrese de América la pareja feliz, Guerrero-Mendoza, y diga á los concejales:

—¡Eh! ¿Qué están haciendo ustedes?

—Pues «incautándonos».

—¡Quiá! Ese coliseo es para nosotros.

—¡Pero si no han cumplido ustedes las condiciones del contrato!...

—¡Bah! No sean ustedes cursis.

Después comenzará la prensa á decir:

«¿Quién con más títulos que la egregia, la eminente, la incomensurable, la augusta actriz para pisar la escena del clásico coliseo? El arte no está sujeto á las fórmulas ridículas de un contrato. Poco importa que haya infringido cláusulas «llamadas á desaparecer» la artista insigne, creadora de tantos y tantos hermosos papeles; la que hermo-seó las obras de Moreto, Calderón y López de Vega; la que ha

ennoblecido con su talento nuestro teatro pretérito y se dispone á ennoblecer el futuro, etc., etc.»

Todo será que se les meta en la cabeza á los críticos decir que María Guerrero es superior á sus *homónimas* María del Carmen, María del Pilar, María de las Mercedes y demás Marias Santisimas, y ya verán ustedes cómo vuelve á quedarse con el Teatro Español... y con todos nosotros.

En cambio Carmen Cobeña, actriz de extraordinarias dotes, de mérito indiscutible, realiza en la Comedia una hermosa campaña; obtiene aplausos justísimos, logra colocarse á la cabeza de nuestras artistas... y se tiene que ir á provincias á pasar el invierno.

¡Y viva el arte y la lógica y el sentido común!

LUIS TABOADA

¡Tolón!

Estando en un *restorán*, comiendo admirablemente, al descorchar el *champán* tomó la palabra Juan y nos contó lo siguiente:

—¿Que si yo me he enamorado alguna vez? ¡Sí! Yo he estado enamorado perdido... ¿Que de quién? Prestadme oído y sabréis lo que ha pasado.

Fui á Tolón un año hará á un negocio de papá.

Allí á nadie conocía y yo solo me aburría muchísimo. ¡Claro está!

Un día por la mañana que á mis asuntos salí, vi asomada á una ventana á una francesa *barbiana* con unos ojos así.

Sentí una dulce impresión; era,—dicho sin pasión,—un ángel, un serafín...

¡Vamos! Que me hizo *tilin* la muchacha de Tolón.

Como yo soy muy galante y hasta *pillín* si se quiere, le dije, en tono insinuante:

—¡Oh, que vous êtes *chavmante!*

¡Huyuyuy! ¡Vive ta *mère!*

La chica se sonrió;

llamó luego á su mamá

que á la ventana salió;

la mamá me saludó

y yo dije: ¡Olé, *dejá!*

Para abreviar. Me mandaron que subiera. Yo subí

y tanto simpatizaron conmigo que me invitaron á que me instalara allí.

Así lo hice. Mi Julieta no era ninguna coqueta, sino una chica decente; y la mamá, francamente, era una mamá... discreta.

Nunca nos importunaba; siempre á solas nos dejaba,

y, en honor de la verdad, la chica me impresionaba con tanta amabilidad.

¡Cuánto la amé! Yo no sé lo mucho que disfruté en el mes pasado allí,

ni he de decirlos aquí el dinero que gasté...

Mas ¡ay! mi papá mandó que á Milán me trasladase.

Esta noticia cayó como una bomba, pues no querían que me marchase.

—¡Vas á partir! ¿Hasta cuando?

—¡Solo un mes!...

—¡Estoy temiendo!...

—¡Ya te escribiré en llegando!

Y ella se quedó gimiendo y yo me marché llorando...

Con melancólico són las campanas de Milán

partíanme el corazón,

que en vez de ¡*Talán!* ¡*Talán!* decían: ¡*Tolón!* ¡*Tolón!*...

Quando yo á Tolón volvía

ébrio de amor y alegría,

supe, con dolor sincero,

que mi Julieta se había casado con un banquero...

Le perdoné su traición y di su amor al olvido,

mas desde aquella ocasión cuando pienso en su marido,

exclamo: ¡*Tolón!* ¡*Tolón!*

VITAL AZA

El Burro.

Un curso de filosofía ambulante, en cuyas *peñagudas* páginas tiene el hombre mucho que estudiar y no poco que aprender: eso es el burro.

Reparad, si no, en aquella cara tan seria y tan formal, vera efigie de algunos hombres públicos que, para hacer creer que tienen talento, arrugan las cejas y suelen morderse los labios.

El burro no pierde su gravedad, ni aun teniendo el pienso delante. Siempre se halla tan preocupado y *pensativo*, como algunos concejales que, al encontrarse en el Consistorio, no piensan en dedicarse á defender los intereses del común, sino los propios.

Aquellas orejas tan descomunales y veleidosas, que unas veces mueve hacia arriba, otras hacia abajo, hacia delante ó hacia atrás, ya forman un ángulo, ya una horizontal, una paralela ó una mixtilínea, ¿no son un libro vivo, palpitante, de la nueva geometría *patriótica*, cuyos signos y figuras tan variadas toman hoy día nuestros generales?

Agréguese á las anteriores observaciones la sordera que regularmente padece á la voz de «arre» y la prontitud con que hiere sus timpanos la voz de «soo», y se verá palmariamente que la conducta del burro tiene analogía con la de otros caballeros que no llevan cabestro.

El burro puede servir para ministro de Estado.

Fijense mis lectores en aquellos cuatro puntales tan seguros, que nunca tropiezan por segunda vez en el sitio que tropezaron la primera, diferenciándose de nuestros *grandes* hombres y diplomáticos que no siendo burros del todo, suelen tropezar muchas veces en un mismo punto.

Y aquel rabo, y aquellas ancas, ¿no son fiel reproducción del barco

que camina viento en popa, balanceándose según el empuje de las olas y virando á uno y otro lado, según se maneja la manguela del timón?

¡Con qué destreza y velocidad aparta la popa del costado en que el piloto le arrima la vara!

No le hace falta la brújula para saber la ruta ó camino que le conviene seguir, pronto conoce el viento contrario, y en cuanto olfatea un campo de alfalfa ó de cebada, allí dirige su rumbo.

Y en esa parte no le faltan imitadores entre la gente que va con dos pies. ¡Algo habian de aprender al cabo de tantos años que le van á la zaga!

La filarmonía del burro es siempre igual y sonora. ¡Qué *dilletanti* de la musical escuela no queda hechizado al oír los puntos y gorjeos de aquella cromática, que, sin salirse nunca de la o... o... o... no existe cantante de la Scala, que pueda igualársele?

Y si pasamos á estudiar y analizar las *asnologías* morales que son comunes al burro y al hombre, ¡qué serie de ellas podríamos puntualizar! ¡Qué fraseología tan gráfica se aplica en muchos casos!

El día que un individuo comprende que su novia le está *tomando el pelo* y lo nota: «Ha caído de su burro.»

¿Un caballero *suelta* una frase mal sonante? Pues, «ha soltado una coza».

¿Se casa un viejo feo, achacoso y millonario, con una jovencueta muy bonita? «Ha hecho una burrada».

¿Que un desdichado, abrumado por la desgracia, se pega un tiro? «No podía con la carga».

Burro es el estudiante que no gana curso.

Burro el ministro que no da pie con bola en su departamento.

Burro el general que lleva sus tropas á la derrota, y burro se le llama también al que, pudiendo hacerse rico en un chanchullo, se muere de hambre y de probidad entre las paredes de su bohardilla.

¡Hay muchísimos burros!

¡Oh animal ilustre! Desde que te estudié y tuve ocasión de apreciar tus brillantes cualidades y aptitudes, y teniendo en cuenta una profecía de tiempos antiguos, que dice: que «siete años antes de que se acabe España, dejarán de bramar los burros», cada vez que veo pasar á uno de los tuyos rebuznando, me quito el sombrero para saludarle y me digo muy satisfecho. Los burros hablan, ¡aún hay patria Veremundo!

MIGUEL CASAÑ

Rebañaduras.

¡Mira que el mundo da vueltas!...
A los que antes eran tontos
ahora los llaman *estetas*.

Desde que estás en la crítica
me has pegado cinco veces;
¡más valía que me dieras
los seis duros que me debes!

—¿Qué le pasa á ese maldito
que no cesa de insultar
al sainete á voz en grito?
—¡Pues que tiene un sainetito
y no lo puede estrenar!

Todo se pega en el mundo,
ya estoy convencido de ello;
cuanta más gente conozco
más ladrón me voy sintiendo.

Antes me ensalzabas
y hoy me pones verde.
¡Ay, de qué manera cambias á los tontos,
picaro trimestre!

Nos están reventando las boquillas.
¡Rediós, cómo consumen las colillas!

Un golfo.

Al descender anoche de uno de los tranvías de Estaciones y Mercados, tuvo la desgracia de fracturarse el pie derecho nuestro ilustre amigo, el delicadísimo cronista de salones, D. Delfín Sández de la Besuguera (*Agalicokina*).

Este doloroso accidente, que lamentamos de todo corazón, no privará mucho tiempo á nuestros lectores de las interesantes crónicas del gran mundo, que semanalmente les ofrecemos, porque si los pesimismoes de la ciencia se confirman, nuestro querido amigo tiene

el irrevocable propósito de aprender á escribir con la mano izquierda.

Se ha acercado á nuestra Redacción el conocido autor cómico, don Sindulfo Brizuela, para manifestarnos que no es él, afortunadamente, el individuo de igual nombre, detenido ayer por sustraer un saco de ropa en los lavaderos del Manzanares.

Conocida como es de todos la brillante posición social que ocupa el Sr. Brizuela, parécenos inútil añadir que hemos dado entero crédito á su declaración, hecha con indudable sinceridad y bajo palabra de honor.

El Sr. Brizuela nos ha manifestado también que tiene ya en poder de las diferentes empresas teatrales, una traducción, dos arreglos y tres adaptaciones.

J. LÓPEZ SILVA

Origen de las «morcillas».

Hace tiempo, los actores eran unos caballeros que hacían por los autores sacrificios verdaderos y cuando representaban cualquier papel, bien ó mal, al hacerlo, se ajustaban en todo al original.

Pero hoy la cosa varía por hacer un bien al arte, en cuanto salen á escena ponen tanto de su parte que hablan lo que les parece sin ajustarse al libreto, porque el autor ¡no merece que se le guarde respeto!

Yo, á fuerza de investigar lector, las atrocidades que han podido originar semejantes libertades, voy á dar la explicación en unas cuantas cuartillas de lo que es, en mi opinión, origen de las «morcillas».

A tres ó cuatro sujetos de esos que se han figurado que son artistas completos aunque les hayan silbado, les dió una vez la ocurrencia de organizar compañía en unión de una eminencia que se llamaba García.

La plaza de apuntador diéronse la á un tal Facundo ¡el hombre más hablador que Dios ha mandado al mundo! Armar cada noche un lío era lo corriente en él,

¡yo no he visto nunca un tío tan chismoso como aquél!

Pues bien, una vez salvadas todas las complicaciones de que van acompañadas semejantes formaciones, debutó la compañía en no sé qué población, sin que durmiese aquel día ninguno en la prevención.

Pero la noche siguiente, Facundo, en un entreacto, dijo á un actor lo siguiente, que le dejó estupefacto: — ¡No me queda más que ver!

A García, el Director, se la pega su mujer con un aplaudido autor. — Y el otro, un infelizote de los de mayor cuantía, quiso meterse á Quijote y se lo contó á García, quien creyéndose ofendido por semejante versión, con el autor aplaudido tuvo una conversación que dió como resultado, el que el autor le dijera:

— ¡Hombre, usted se ha equivocado de lamentable manera!

Padece usted un grave error y debe usted, á mi entender, ¡oir al apuntador como quien oye llover!

Y desde entonces, García cada vez que una obra estrena, con la mayor sangre fría en cuanto pisa la escena, aunque se enfade el autor juzga lo más oportuno, cuando habla el apuntador... ¡no hacerle caso ninguno!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY

Opiniones, por FILIPPO



Por más vueltas que le dan,
no es posible, D. Facundo.
Los carlistas no entrarán
mientras el mundo sea mundo.

Saludos, por CILLA



—A los pies de usted.



—Vaya usted con Dios, Pepita.



—¡Adiós, salá!



—Hasta luego... ¡vidita!



—Siempre su esclavo y devoto admirador...



—¡Adiós, tú!

La turbia
del Lozoya.

En la alegre capital de esta España sin igual, no hay un agua más inmunda que la que sirve el Canal de doña Isabel segunda, y por si hay alguien que no sabe lo que es el Lozoya, voy á referirle yo lo que hace poco pasó en casa de Pilar Goya.

Como á beber no se aviene tan asquerosos brevajes, en una tinaja tiene el agua que la conviene: la de los «antiguos viajes».

Pues bien, en esta tinaja se le volcó al niño un día, un cajón que contenía un zapato, una baraja, dos piezas de artillería, una recua de borricos, un monigote hecho añicos con mugrientas vestiduras, una caja de pinturas y catorce perros chicos.

A ver á Pilar fui ayer y me convidó á comer y del agua misteriosa de la tinaja famosa me puso para beber.

Pronto pudimos notar su amargor y su evidente mal color, sin sospechar lo que había ido á parar al fondo del recipiente.

Pues así y todo, aquel día convine con Pilar Goya en que el tal agua tenía más transparencia y sabía mejor que la del Lozoya.

Otra vez echó Pilar agua turbia sin filtrar del Lozoya, en una artesa donde acostumbra á lavar ropa de cama y de mesa.

Mas Pilar se descuidó dejando suelto un chorrillo, la artesa se desaguó y el agua turbia corrió á lo largo del pasillo.

¿Y sabéis lo que ha pasado? Que en la tierra que ha dejado sobre las baldosas frías, los de la casa han sembrado coliflores y judías.

De pila el martes saqué á un sobrinillo carnal, y aunque al cura le indigné, con un filtro me planté en la pila bautismal.

Debió al chico molestarle, pero evitó mi rareza que después de bautizarle tuviéramos que rasparle con un vidrio la cabeza.

Ya no bebo de agua tal. ¿Pues y bañarme? ¡En seguida me baño en un lodazal! Eso de enterrarme en vida me sentaría muy mal.

Yo no he visto, no señor, unas turbias más odiosas. Y á mí me causan horror, porque me gustan las cosas cuanto más claras mejor.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Una «poesía» de Guerra y un «descabello» de Grilo.

El Guerra se ha cortado la coleta y al Grilo «se le ha cortado» la inspiración.

El poeta de la corte se ha «sentido» también poeta del corte (de la coleta) y vistiendo á la musa de corto—¡Caliope convertida en señorita torera!—la ha hecho arrancarse en corto, y por derecho; por derecho propio y quedándose corto él.

El vate de los *Ideales* y el diestro de los *reales*—diez millones y pico, según los periódicos que «le han echado» la cuenta;—el afortunado matador—¡*beatus ille!*—y el poeta de las Beatas—antigua calle de—se han puesto de acuerdo ó han «coincidido» para dar que sentir el uno á los aficionados al arte de los toros que «vino del cielo», y el otro á los amantes de la poesía lírica, que está en el Limbo.

La esposa de Guerra—doña Dolores—tomó unas tijeras y ¡ris!, cayó al suelo el trenzado apéndice capilar taurino del Califa.—La

musa de Grilo—hecha un dolor—hizo tomar á éste la pluma con tan luctuoso motivo y ¡zás! cayó sobre el papel el desbordado torrente de su afligido genio poético.

Grilo, al contemplar la cortada coleta del coloso de la tauromaquia, se sintió acometido por una fiebre abrasadora, voraz, la fiebre de la inspiración, una fiebre de cuarenta y nueve grados y dos décimas.

Pulsóse él primero y en seguida pulsó la lira: los dos tenían la misma calentura.

Entonces se decidió á tomar quina y á hacerla tragar á los que leyeran sus versos.

La fiebre remitió y él remitió también los versos á varios periódicos.

Los cuarenta y nueve grados de la fiebre habían desaparecido, pero ¡ay! quedaban las *dos décimas*.

Y para que su recuerdo no se borre, *La Epoca* ha reproducido la composición con una oportunidad notable, porque es una composición de las que «hacen época».

Véase la clase:

«Tronchar la palma inmortal
que era reina en el pensil;
ser ruiñeñor en Abril
y no volver á cantar!
Catarata, que, al rodar,
se queda de pronto quieta;
ser en el circo un atleta
y dejar el redondel...
Eso eres tú, Rafael,
cortándote la coleta.

¡Todos los circos con gasa!
Las cuadrillas... ¡cuánto miedo!
¡Cuánta tristeza en el ruedo!
¡Cuánto júbilo en tu casa!
No es tu gloria la que pasa
por más que tú la derribes;
mejores palmas heredas;
aunque te marchas... ¡te quedas!
aunque te suicidas... ¡vives!»

A poco que se fije el lector más lego en achaques poéticos, verá desde el primer verso, y en gradación creciente, la admirable propiedad con que están expresados el desconcierto, la perturbación, el disloque producidos por el dolor en el ánimo del poeta, que en su delirio, cree que «una coleta» es «una palma», que «tronchar» es lo mismo que «cortar», que la cabeza del Guerra es «un pensil» y que *inmortal* es consonante ó puede serlo alguna vez de *cantar* y de *rodar*.

¡Ah! Respetemos el dolor inmenso del poeta y pidamos para sus lectores la conformidad y resignación cristianas tan necesarias en estos casos.

Y sirvale de circunstancia atenuante la compasiva, aunque tal vez involuntaria benignidad, con que nos ha perdonado un verso.

Porque como habrán ustedes notado, la segunda décima de Grilo es como el primer hijo del labrador Antón Antúñez, del cuento de *Figaro* que no fué hijo, sino hija.

La segunda décima de Grilo no es décima, sino novena.

Bien claros se ven en esto los sentimientos religiosos del poeta de las Beatas—antigua calle de—que en su grandísima aflicción busca consuelo piadoso y, elevando los ojos al cielo, en vez de una décima... hace una *novena*.

Un poco más y perdonándonos otros dos versos—Dios se lo hubiera tomado en cuenta—hubiera podido hacer un setenario.

«¡Todos los circos con gasa!»

¡Oh, sí! Y todas las musas con gasa también.

Ni la retirada del Guerra, ni la tirada de los versos de Grilo, son para menos.

Un amigo mío, joven cordobés, si que también chusco y guasón, me ha asegurado que el Guerra no ha querido dejar sin contestación esas dos *décimas*, y ha sacado de su cabeza otras dos, que—en legítima defensa—ha enviado á Grilo, y que salvo error ú omisión, dicen así:

«¡Troncho! Tu pluma inmortal
es ya ruina en el pensil.
¡Qué manera de escribir!
y qué móo de cantal! (1)
Pluma de un águila sin caudal
que no puée estarse quieta:
escrebir con una aleta
ú cosa por el estilo...
ezo eres tú, Antonio Grilo,
haciéndome ser poeta.

«¡Tóos los circulos con guasa!
Tus décimas... ¡qué asaura!
Con toa tu literatura
te podías haber quedao en casa.
¡Vete á la gloria, que eso no pasa!
Aunque por tus coplas Beatas (2) recibes
lo que es á mi no me hereas.
Me voy... ¡y conmigo te queas!
Me suicidias... ¡y tú vives!
Dios te dé muchas moneas
á ver si con eso más no escribes.»

Guerra, más pródigo que Grilo, ha hecho en la segunda décima un verso demás, como compensación al verso de menos que tiene la segunda décima de Grilo.

Así, ésta resulta corta y la de Rafael larga, pero mejor que mejor: las *largas* de Rafael siempre tuvieron fama.

Bromas á un lado, la poesía de Grilo podrá ser mala—que si lo es—¿pero habrá quien niegue que es propia, oportuna, natural y adecuada como ninguna otra?

Para lamentar poéticamente el corte de la coleta de un matador de toros, para llorar, en sentidos conceptos elegiacos, que dejen á un torero sin ese «apéndice de su cabello» ¿hay nada más natural, propio y adecuado que una poesía también *descabellada*?

Post scriptum. Después de escrito este artículo leo en un periódico sevillano la poesía de Grilo *íntegra*.

(1) Guerra está más fuerte en cuestiones de rima que el poeta de *Las ermitas*.
(2) Antigua calle de las...

En la segunda décima publicada en *La Epoca* faltaba este verso:
«mayores triunfos recibes.»

Comprendo la omisión, que hubiera sido incomprensible, si en vez de eso hubiera dicho:

«mayores ripios aguantas.»

De cualquier modo conste, que *el favor* de ese verso menos no debemos agradecerse á Grilo, sino á *La Epoca*, que piadosamente lo suprimió.

Suum cuique.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ



La mujer del día.

A tu gallarda hermosura
escribí cantares cien
y se ha visto mi ternura
pagada con el desdén.
Mas, llegó un viejo con oro,
pero no con mi pasión,
y le entregaste el tesoro
que anheló mi corazón...
*Las venturas amovosas
no son más que una ilusión.*

Otra vez que abra mi pecho
á las ansias del amar,
lo que haré, con más provecho,
será *contar*, no *cantar*.
Y en vez de angustia sombría

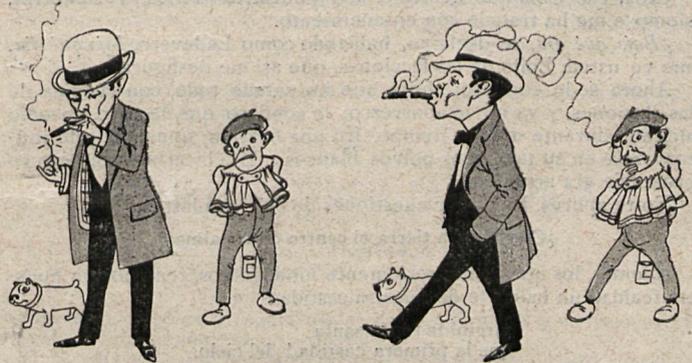
y de constante tesón,
¡oh, frágil mujer del día!
Me ornaré de relumbrón...
*Las venturas amovosas
no son más que una ilusión.*

Ya no vencen la belleza,
ni tampoco la virtud,
puros actos de nobleza,
dulce ardor de juventud.
Pues tiene, para el oído
de aquellas, que cual tu son,
más ronco y triste sonido
una copla, que un doblón...
*Las venturas amovosas
no son más que una ilusión.*

JOSÉ DE SILES



¡Aprovechando!, por NAVARRETE



—¡Buena breva enciende el amigo!

—Yo le sigo, porque seguramente no puede con ella entera...



—Y como chupa el condeno.

—Cuando yo decía..., tengo la primer suerte...



—Ahoçra es la mía.

¡.....!